

## AZORÍN

El año del desastre, 1898, fija en España, un límite entre dos generaciones literarias. A la generación del desastre pertenece José Martínez Ruiz (Azorín).

En esa fecha llegó a Madrid y de entonces acá destacó su personalidad compleja de la mayoría de los prosistas coetáneos; su actividad se polifurcó con rasgos propios en la novela, en la crítica literaria, en el periodismo.

Una noticia medianamente pretenciosa debería comprender el estudio de todas estas manifestaciones de su obra, para hacer posible, así, una hipótesis, sintética, a su respecto.

¿Necesitaré afirmar que depongo, desde ya, toda pretensión? Lo que va más abajo son cosas que se le ocurren a un muchacho que leyó a Azorín indolentemente, «para distraerse», y que ahora, un poco distanciado de la época en que lo leyera, las anota, en el orden natural que se le presentan (desordenadamente, si queréis), por creer que son rasgos comunes o a sus obras imaginativas o a sus obras críticas.



Azorín describe, con preciso trazo las cosas materiales: un patio, un pueblo, una montaña.

Azorín describe, con imprecisa prosa, intencionalmente, y con grandísimo poder sugestivo las que al espíritu atañen: la sensación sedante del recuerdo; la impresión, deliciosa, indefinida, que alguna vez deja en nosotros, al pasar, una bella desconocida.

Pero a pesar de la aparente objetividad que emplea en las descripciones de las cosas materiales, en él, quizás más que en ninguno de los actuales escritores españoles están espiritualizadas.

No sé si soy bastante explícito. Creo que aclararía esto diciendo que Azorín es un espíritu inquieto, que su característica como escritor es el desasosiego; que las cosas para él son misteriosas, o tienen compleja razón de ser; que este afán suyo de percibir «el alma de las cosas» hace que las que al papel traslade estén empañadas por su sensibilidad fina e inquieta.

Un ejemplo concretaría lo dicho: Azorín se halla en un casino manchego.

Es noche, después de cenar; él oye, bastiado, la conversación lenta de los que allí charlan.

« El reloj lanza nueve campanadas sonoras. ¿Son realmente » las nueve? ¿No son las once, las doce? ¿No marcha en una » lentitud estupenda este reloj? Las lamparillas del salón alum- » bran débilmente el ancho ámbito; las figuras permanecen » inmóviles, silenciosas en la penumbra. Hay algo en estos am- » bientes de los casinos de pueblo, a estas horas primeras de la » noche, que os produce como una sensación de sopor e irreali- » dad. En el pueblo está todo en reposo, las calles se hallan » oscuras; las casas han cesado de irradiar su tenue vitalidad » diurna. Y parece que todo este reposo, que toda esta estatici- » dad formidable se concentra, en estos momentos, en el salón » del casino y pesa sobre las figuras fantásticas, quiméricas, » que vienen y se tornan a marchar lentas y mudas. »

El alma del casino, a esa hora, está, para Azorín, en el reposo concentrado que flota en el ambiente, en el hablar desganado de los que hablan, en la inverosímil lentitud de la marcha del reloj.

En un espíritu así constituido como el suyo, el anonadamiento de los hombres y las cosas con el transcurso del tiempo pone un dejo melancólico, que también se advierte en su concepto del recuerdo.

Las cosas, en cuanto a nosotros se refiere, son lo que nuestros sentidos nos permiten percibir: «sólo la imagen existe». Es la imagen la que idealizamos cada vez más, sin notarlo; y si en alguna ocasión confrontamos el recuerdo con el hecho que lo suscitara, nuestro desencanto es evidente. Pensando así, ¿qué tiene de extraño prefiera el recuerdo a lo recordado, «que en sí es insignificante»?

Azorín expresa esto bellamente en una historia que tiene por título: «La fragancia del vaso».



Azorín siente la campiña.

El ondulado campo alicantino lo describe amoroso, es tierra nativa, con sus suaves declives, con sus rápidos barrancos, cubierto de verdura, repleto de pámpanos. El cuadro recuerda al lector las «Floras» exuberantes que los artistas del Renacimiento pintaran, por lo abundoso.

Más profunda y muy distinta es la impresión si de Castilla se trata. La tierra se extiende lisa, bermeja, glabra hasta el confín, que una montaña, zarca u ocre, recorta; el sol, vívido, pone una luz intensa en el paisaje sin tonalidades.

Hay como un estancamiento que gravita con peso formidable sobre la tierra y el que observa. Y si éste se halla solo con la naturaleza, la siente transfundirse en él, y nota, ya alucinado, que el tiempo concierta con el paisaje: se estanca. De mí sé decir que las vislumbres de eternidad que Azorín dice haber experimentado en las tierras de Castilla, constituyen una de las impresiones, más hondas que un autor me sujiriera.



Simpáticas, a más no poder, son las muchachas que Azorín nos presenta en sus obras.

Son, por lo general, menudas, finas, «castizas», de grandes ojos expresivos, de «tenues ojeras», de finas manos alargadas con «rosadas uñas combas», cuyos pechos aceleran el rítmico vaivén y cuyos ojazos se abren azorados cuando alguien prorrumpo: «acabo de ver a...»

La que no es así, es de aterciopelada tez morena, de grandes ojos expresivos (cualidad indispensable, como veis) de labios «carnosuelos», de graciosas manos regordetas, de actitud airosa, que alguna vez, por más lucir, torna «al desgaire», un tanto despectiva. Cuando de la psicología de sus personajes trate, veremos qué cosas piensan y sienten tan amables muchachas.



Los pueblos, alicantinos o manchegos, tienen en Azorín un observador pertinaz.

Cuando todavía es noche ya nos dice que un gallo canta en el pueblo; luego, que en el horizonte comienza a clarear el cielo; luego, que una puerta se abre, por la que asoma una vieja, arrebujada en un chal negro; luego, que la vieja, «pajiza y arrugada», se desliza hasta la iglesia cuyas campanas se han puesto a dar campanadas «lentas, graves». Cuando el día es bien adelantado, Azorín se echa a vagar por las calles a hacer «lo que todo buen español desde hace siglos: tomar el sol»; y nos dice si la calle es recta, estrecha, sinuosa, o si se abre ancha, bordeada de bajas casas encaladas; se para en la plaza, remira los edificios que la circundan, se fija en el ajeteo de las gentes; y vuelve, «cuando el apetito se lo reclama», al albergue cuyo cuadrado patio empedrado con agudos guijos os describe; penetra en la «enjalbegada» cocina donde percibe, también os lo cuenta, el «moscardoneo» del agua que hierve en las ollas.

Continuamente avizor, todo lo que a su alrededor ocurre os lo comunica, a punto de que, en ocasiones, os fastidia con su minuciosidad de notario.

GREGORIO HALPERIN.

